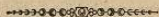


se aparten de nuestra memoria aquellos terribles padecimientos que oprimieron á su alma, aun mas todavía que los físicos á su cuerpo. Ya pues que cada uno de nosotros tuvo una parte directa é inmediata en esas penas, procuremos aliviarlas ahora; y si nuestros pecados atormentaron á Jesus en el tiempo de su pasion, esforcémosnos con el ejercicio de las virtudes que tenga por base el sincero arrepentimiento de aquellas, para que aprovechándonos de esos padecimientos de nuestro divino Redentor, le demos el placer de que no se inutilice en nosotros el fruto de su pasion y de su muerte.



#### DIA VEINTE.

##### San Eleuterio, obispo de Tournay, mártir.

SAN Eleuterio nació en Tournay el año 456, de padres cristianos, de los que recibió una tan buena educacion, que junto con sus talentos naturales lo hicieron muy temprano avanzar tanto en la virtud y en los estudios, que San Medardo su condisceípulo, siendo todavía jóven, le anunció sería obispo de su misma patria.

La situacion en que se hallaba Tournay respecto de la religion era muy desgraciada. Despues de la muerte de San Píato, su apóstol, el cristianismo habia disminuido insensiblemente, así por la escasez de ministros eclesiásticos, como por la vecindad y comercio de los ínfules circunvecinos, y la residencia en ella de Childerico, rey idólatra; de suerte que llegó á ser no ménos la capital de la impiedad y supersticion, que del reino de los franceses. En este tan lamentable tiempo, Eleuterio, no contagiándose con los malos ejemplos, resplandecia con el brillo de sus virtudes; con la práctica de ellas y el estudio de las ciencias sagradas, se preparaba á reanimar en sus paisanos la casi extinguida luz del Evangelio.

Childerico no habia sido hasta entónces perseguidor de la Iglesia; pero habiéndose encendido la guerra entre los romanos que habitaban las Galias y los francos, éstos, juzgando no deber dejar en paz á los cristianos, creyéndolos tambien sus enemigos, les promovieron una cruel persecucion. En consecuencia el gobernador de Tournay expulsó de la ciudad á las familias cristianas, y entre ellas salió la de Eleuterio, que á la sazón tenia treinta años, quien con su padre Sereno y su madre Blanda se retiró á una aldea, donde permaneció

siete años, en que estuvo impedido el ejercicio público de la religion; continuando allí su piadosa vida, y esperando con paciencia el remedio de tantos males, el que pedia continuamente á Dios con fervorosas súplicas.

Estas fueron al fin atendidas; pues con el casamiento de Clodoveo con la princesa Santa Clotilde en el año de 493, muy pronto se vió libre en sus estados el ejercicio de la religion, aun ántes de que este rey la abrazase por la mediacion de su cristiana esposa. Los fieles de Tournay se reunieron en Blandin, aldea donde se habia retirado Eleuterio, construyeron una Iglesia con el título de San Pedro, y nombraron un obispo; pero habiendo muerto éste violentamente á poco tiempo de su eleccion, fué nombrado nuestro Santo á pesar, de su resistencia, para ocupar la vacante. Al efecto pasó Eleuterio á Roma á obtener la confirmacion del papa, y á su vuelta recibió los órdenes sagrados con el episcopal en Reims, de mano de San Remigio su metropolitano.

A poco tiempo el rey Clodoveo y los principales señores de la corte recibieron el bautismo, lo que causó en el reino una mudanza felicísima en favor del cristianismo. Eleuterio entró inmediatamente con su clero en Tournay, y se dedicó con un zelo apostólico á disipar las tinieblas de la idolatria, y á arrancar las supersticiones y los vicios. Su predicacion animada de la caridad y del ejemplo de su vida surtió prodigiosos efectos; muy en breve abrazaron la religion once mil personas en sola la ciudad, sin contar con otra multitud que habia convertido ántes. Sus palabras no fueron ménos eficaces que sus obras; en ambas hizo Dios poderoso á nuestro Santo, concediéndole entre otros dones el de milagros como á los Apóstoles.

Envidioso el demonio de los progresos que la religion de Jesu-cristo hacia en la iglesia de Tournay, hizo nacer errores muy peligrosos para alterar la pureza de la fé; pero el Santo obispo con valor y fortaleza admirables se opuso al furor de la heregia; tomó todos los medios necesarios para extinguirla, aun haciendo tres viages á Roma para consultar á la Santa Sede; reunió un concilio en Tournay en el año de 527; y combatió á los hereges con tal constancia, así de viva voz como por escrito, que justamente ha sido colocado entre los escritores eclesiásticos de nota.

Sin embargo de tanto zelo, permitió el Señor para probar su paciencia y fidelidad, que la persecucion de los hereges se convirtiese

toda en contra del Santo obispo. Varias veces fué maltratado por ellos, y hubiera sucumbido sin una proteccion singular del cielo; pero habiendo querido Dios premiarle sus trabajos y sufrimientos, lo llamó á la eterna recompensa, cinco semanas despues de haber sido estropeado con inaudita crueldad, y recibido un golpe en la cabeza. Fué su gloriosa muerte el 20 de Febrero del año de 532, á los setenta y seis de edad y treinta y seis de obispado. Dióse sepultura á su cuerpo en la Iglesia de Blandin, cerca de sus padres, segun lo habia dispuesto en su testamento, y en el año de 1064 fué trasladado solemnemente á la catedral de Tournay.

*La Epistola es del capítulo I de la segunda del Apóstol San Pablo á los corintios (pág. 243).*

Hermanos: Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de las misericordias, &c.

*El Evangelio es del capítulo XVI de San Mateo (pág. 244).*

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, &c.

### MEDITACION

*Sobre la fidelidad á la gracia.*

Considera que la gracia es la voz de Dios que nos llama: ¿con qué afecto y docilidad debemos escucharle? Es una visita que Dios nos hace: ¿con qué humildad debemos recibirle? Es una amonestacion y recuerdo de lo que le debemos: ¿con qué reconocimiento debemos corresponderle? Si no queremos escucharle cuando nos habla ¡qué desaire le harémos! Si no queremos recibir su visita, si le arrojamos cuando nos busca: ¿cuál será nuestra insolencia ó ingratitud! Pues esto es lo que hacemos todas las veces que no somos fieles á la gracia. ¡Oh, y cómo vengará el Señor este desprecio! ¡Él callará, porque no quisimos escucharle! ¡Silencio terrible, mas digno de temerse que todos los castigos! ¡Él se retirará, porque no le quisimos recibir! ¡Funesto retiro, que nos deja en el hielo de nuestra indiferencia! Él nos abandonará, porque no quisimos ser suyos, y le arrojamos de nosotros. ¡Abandono tremendo, principio de la pena de daño! ¡Oh, no, Dios mio, no ceses de hablarme, no os vayais, no me

dejeis; que yo vuelvo ya en mí del letargo funesto en que yacia, y no aspiro á otro bien que á ser muy vuestro!

Considera que la gracia es el precio de la sangre de Dios, y el fruto de su muerte: pues si es el precio de la sangre de Dios, ¡qué gran valor tendrá! ¡Qué estimacion debémos hacer de ella! Si es el fruto de su pasion y muerte, ¡qué virtud tendrá! ¡Qué cuidado debemos tener de no dejarla perder! Ser infiel y resistir á la gracia, segun el Apóstol, es pisar con los piés la sangre de Jesucristo; ¡qué profanacion! ¿Tendré yo parte en ella? ¡Puedo yo sentirme culpado sin horror! Anonadar la virtud de la cruz, ¡qué ingratitud! Esta sangre pisada con los piés clamará mas recio que la de Abel, no para pedir misericordia como lo hubiera hecho si le hubiesemos respetado; sino para pedir venganza contra los que la profanan: si yo soy de este número, ¿cómo no tiemblo? Si el principio de nuestra salvacion, y el fundamento de nuestra esperanza se vuelve la ocasion de nuestra condenacion y el instrumento de nuestra pérdida: ¿á dónde podrémos acudir? La gracia es el principio de todos nuestros méritos, el origen de todas nuestras virtudes, y la semilla de nuestra eterna bienaventuranza. Si soy fiel á la gracia, no hay méritos que no pueda juntar, no hay virtud que no pueda adquirir, ni certidumbre de la eterna bienaventuranza con que no pueda confiar; pero menospreciar la gracia, es menospreciar, ó abandonar la virtud. Ser infiel á la gracia, es privarse á sí mismo del único medio de juntar tesoros inmensos de méritos; y resistir á la gracia es renunciar la esperanza de la bienaventuranza eterna.

### PETICION Y PROPÓSITOS.

No hay cosa mas difícil de adquirir, ni mas fácil de perder que la gracia santificante. Es verdad que los medios ordenados por nuestro divino Salvador para la adquisicion de su gracia, nos la hacen sumamente fácil; pero la dificultad consiste en que nosotros no prestamos la disposicion debida para que obren estos medios en nuestras almas los efectos saludables que obran en las que se disponen convenientemente; y acerca de la facilidad de perderla, reconocemos tambien que la misma gracia da fuerzas para resistir á la tentacion, y no caer en la culpa; pero la facilidad de caer en pecado perdiendo la gracia, proviene de la malicia en que abunda nuestro corazon, de la frecuencia de las ocasiones, de las recaídas en culpas veniales, y

de tantas, tantas causas, que es como milagro conservarse en la gracia, y no vivir expuesto á perderla á cada instante. Para remediar uno y otro mal, sean nuestros propósitos procurar cuanto podamos las mejores disposiciones para adquirir la gracia por la digna recepcion de los santos sacramentos, y evitar cuidadosamente todas las causas y ocasiones que puedan hacer que la perdamos. Estos son mis propósitos, ó Dios mio, esperando de tu bondad infinita los auxilios necesarios para llevarlos á efecto ahora y siempre.

## JACULATORIA.

Haz, Señor, que siempre more en mí tu gracia, y que no se frustre para mí su saludable efecto.

## LECCION.

*Sobre la muerte de Cristo.*

En el Evangelio santo, segun San Mateo, leemos, que luego que Jesus entregó su alma santísima, el velo del templo se rompió en dos partes de arriba abajo, que tembló la tierra, que las piedras se hicieron pedazos, que los sepulcros se abrieron, y muchos cuerpos de los santos que habian muerto resucitaron. Estos prodigios, sobre las tinieblas, que desde la hora de sexta hasta la de nona, es decir, desde el medio dia hasta el completo de tres horas, cubrieron toda la tierra, son una demostracion del sentimiento que hace la naturaleza por la muerte de su divino Autor, como lo conoció muy bien el arcopagita San Dionisio, cuando al observar las tinieblas y el terremoto exclamó: "O la máquina del mundo se destruye, ó el Autor de la vida padece."

Padezia y moria en efecto Cristo, luz del mundo; era preciso que los significaran las tinieblas por una milagrosa substraccion de los rayos del sol ó inexistencia de la luz, como sienta la opinion mas común de los intérpretes; moria el que dando fin á la sinagoga y destruyendo la idolatría, iba á edificar sobre nuevo fundamento su Iglesia, de que es piedra angular; era preciso que lo significara un movimiento en la tierra y la ruptura de sus piedras: moria el Cordero sin mancha, que quiso ser sacrificado para borrar la culpa y abrir el camino del cielo; era preciso que lo significase con rasgarse de arriba abejo el velo del templo, haciendo asimismo aquella antigua de-

mostracion de sentimiento usada en el pueblo de Israel, de romper las vestiduras en alguna gran pérdida ó desgracia: moria el que es libre entre los muertos, como dice el Profeta; era preciso que lo significase la apertura de los sepulcros y resurreccion de los muertos. He aquí como llora la naturaleza la muerte de su Criador, al mismo tiempo que anuncia su grande obra y lo preconiza verdadero Dios, Hijo del Altísimo. Así lo confiesan el centurion y sus soldados, viendo estas maravillas, y el pueblo duro que vuelve del Calvario penetrado de espanto y de terror, no puede ménos que herir sus pechos y pedir misericordia. ¡O exaltacion de la gloria y magestad de Cristo en su misma muerte! Pero véamos ya como en ella misma se realiza su empresa, contrayéndonos solo al nacimiento de la Iglesia, por haber de hablar despues con mas extension sobre los efectos de la pasion y muerte de Cristo.

Muerto ya nuestro divino Salvador Jesucristo, *uno de los soldados*, dice el Evangelista San Juan, *abrió su costado con una lanza, é inmediatamente salió de el sangre y agua*. Los Santos Padres Ambrosio, Agustin, Cirilo Alejandrino y otros, reconocen como milagrosa esta agna salida del costado de Cristo despues de la sangre; pero atendamos á la significacion de todo el misterio. El Padre San Agustin la da diciendo que significa la Iglesia nacida de la misma sangre y agua.... ¿Qué sale del costado de Cristo, sino el sacramento que reciben los fieles? habia dicho ántes. Pero no lo entenderemos bien si no advertimos que la Iglesia es Esposa de Cristo, y recordamos como fué formada la primera muger, esposa de Adan, y madre natural de todo el linage humano. *Envío Dios un sabor, ó sueño, á Adan*, dice el Génesis, y habiéndose dormido tomó una de sus costillas.... y formó de la costilla que habia tomado de Adan una muger y la presentó á Adan. Ahori bien; siendo Cristo el segundo Adan, que por el sacramento del bautismo habia de reengendrar en el órden sobrenatural á los que en él creyeran, ¿qué vemos en esta misteriosa apertura de su costado y flujo de sangre y agua, cuando ya está muerto con aquella santa muerte que en los justos se denomina sueño? ¿Qué vemos sino la production y formacion de su Esposa la Iglesia, que habia de recibir en su seno maternal á aquellos que reengendrados por las aguas del bautismo son hechos sus hijos, y á quienes alimenta con el sacramento del cuerpo y sangre de Cristo, significado en la sangre de su costado, así como el bautismo en la agua milagrosa que de él salió en los

que se significan tambien los demas sacramentos como contenidos en aquellos principales? Todo lo cual se confirma con advertir, que todos ellos reciben toda su virtud de la pasion de Cristo. Si, pues, vemos producida esta Esposa de Cristo en su muerte, ¿dejarémos de confesar que la muerte en Cristo no corta ni frustra sus empresas como hace con los demas hombres, sino que ántes por el contrario las llena y perfecciona? No podemos dudarle, así como arriba nos vimos precisados á confesar, que esta misma muerte que al puro hombre humilla, á Cristo exalta.

¿Mas por lo ménos podrá gloriarse la muerte de haber dominado á Cristo, y manteníndolo por una necesidad inevitable bajo su tenebroso cetro como á los puros hombres? De ninguna manera; porque si Cristo muere, es porque quiere morir, y muere cuando quiere y por el tiempo que conviene. *Potestad tengo*, dice el Salvador, *de deponer mi alma, y potestad tengo de volver á tomarla otra vez*; y por esto habia dicho el Profeta, hablando de Cristo, que era *libre entre los muertos*: y en otra parte se dice en boca de Cristo dirigiéndose á la muerte: *¡O muerte, yo seré tu muerte!* ¿Por qué? Porque su muerte es voluntaria y libre, y por consiguiente le quita la necesidad inevitable con que la sufre el hombre aunque no quiera, y con que permanece por todos los siglos bajo su dominacion, sin posibilidad de volverse á levantar por sus propias fuerzas.

Pues si así es en realidad, volvamos á confundir á la muerte con otras expresiones de la Sagrada Escritura, haciéndole ver como ha sido burlada en la victoria que se lisonjeó lograr sobre Cristo, preguntándole para su confusion: *¿Dónde está, ¡o muerte! tu victoria?* Cierto es que Cristo ha muerto; pero tú no lo hiciste morir mal de su grado: tú no lo dominaste, ni ligas su alma, ni corrompes su cuerpo, ni por tí es humillado, sino ántes exaltado; ni frustras sus empresas, ni destruyes ó impides sus obras; ántes por tu medio las llena y perfecciona, quitándote por último tu amargura, y embotando tu antiguo aguijon que tan cruel y funestamente has hincado hasta ahora en el misero mortal.

## DÍA VEINTE Y UNO.

## San Severiano, obispo y mártir.

Nació San Severiano á fines del siglo IV ó principios del V, y habiendo sido instruido competentemente en las ciencias sagradas, fué electo y consagrado obispo de Scitópolis en Palestina, cerca del Jordan, en cuyo puesto se hizo muy recomendable por su loable conducta, sana moral, fiel desempeño de su alto ministerio, y vigilancia con que defendió el sagrado depósito de la fé ortodoxa, de los errores de los eutiquianos, contra quienes tuvo que combatir.

Estos herejes habian sido condenados en el concilio de Calcedonia; y San Eutimio, uno de los principales fundadores de la profesion monástica en Palestina, no solo recibió esta sentencia como ortodoxa, y por lo tanto digna de veneracion y respeto, sino que mandó se publicase y obedeciese en todos los monasterios que estaban á su cargo. Su ejemplo y autoridad hubieran sin duda movido á los demas á sujetarse del mismo modo al concilio, si un monge turbulento llamado Teodosio, expulso de su comunidad por sus excesos, no hubiese osado acusar á los decretos del concilio como fautores de la heregia de Nestorio, del todo opuesta á la de Eutiques, arrastrando en su seducccion la simplicidad de la emperatriz Eudoxia, viuda de Teodosio el jóven, residente en la actualidad en la Palestina, y cuyo influjo sedujo un gran número de solitarios.

Aumentado considerablemente el partido de este perverso, se avanzó á nuevos atentados con el auxilio de sus sectarios: invadió la silla episcopal de Jerusalem, obligando al patriarca Juvenal á abandonarla: arrojó de sus puestos á todos los sacerdotes católicos, reemplazándolos con sus inmorales partidarios: cometió inauditas crueldades con los fieles que habian recibido al santo concilio, maltratándolos con tanta inhumanidad, que algunos murieron en fuerza de los tormentos; y despues de haber llenado á aquella ciudad de espanto y confusion, saqueádola y cometido mil excesos, salió de allí, tanto por el temor de no caer en manos de los oficiales del emperador, como por ir á subyugar otras ciudades á su heregia.

Prosiguió, pues, su persecucion en las provincias vecinas, atacando principalmente á los pastores, quienes se oponian como era de su deber á sus violencias, esforzándose á preservar á sus ovejas del mor-

*S. Severiano Obispo y Mártir.**S. Margarita de Cortona.**S. Florencio Confesor.**S. Pedro Damiano.*

tífero contagio de la heregía. Pero ninguno de ellos manifestó mayor valor y zelo, ni fué mas feliz en sus sucesos que nuestro Severiano, que armado con el escudo de la fé, y fortalecido de la caridad, paciencia, perseverancia y demas virtudes pastorales, supo contener aquella irrupcion que amenazaba á la grey, que con tantos afanes habia cuidado siempre, y dar como buen pastor la vida en su defensa.

Irritados los malvados hereges de su tenaz y heroica resistencia, se apoderaron de nuestro Santo, y habiéndolo arrastrado inhumanamente fuera de la ciudad, lo sacrificaron á su furor; y aun se asegura que el mismo sacrilego monge Teodosio quiso ser su verdugo. Así se grangeó San Severiano la corona triunfante del martirio, por mano de los enemigos de la fé de la Iglesia romana, que no han sido ménos furiosos, ántes bien mas crueles en sus persecuciones contra los católicos, que los mismos paganos. Esta gloriosa muerte acaeció en el año de 452, aunque se ignora el mes y el día.

*La Epístola es del capítulo IV de la primera del Apóstol San Pedro.*

Carísimos: Alegros de ser participantes de los trabajos de Cristo, para que cuando se descubra su gloria, os goceis tambien con él llenos de júbilo. Si sois infamados por el nombre de Cristo, seréis bienaventurados; porque la honra, la gloria y la virtud de Dios y su espíritu mismo reposa en vosotros; pero jamas llegue el caso en que alguno de vosotros padezca por homicida, ó ladrón, maldiciente, ó codiciador de lo ajeno. Mas si padeciéreis por ser cristiano, no se avergüence, sino alabe á Dios por tal causa. Pues tiempo es de que comience el perjuicio por la casa de Dios; si primero empieza por nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos que no creen el Evangelio de Dios? Y si el justo á duras penas se salva, ¿á dónde irá el impío y pecador? Por tanto, aquellos que padecen por la voluntad de Dios, encomienden sus almas al Criador fiel por medio de sus buenas obras.

*El Evangelio es del capítulo X de San Mateo (pág. 172).*

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Nada hay escondido que no venga á descubrirse &c.

## MEDITACION.

*Sobre la imitación de Jesucristo.*

Considera que si conocemos á Jesucristo, no podemos dejar de estimarle; si nosotros le estimamos, no podemos dejar de amarle; si le amamos, tendríamos gusto en imitarle. Si en lugar de tener gusto en su imitación tenemos pena, es señal que no le amamos. Una de las pruebas mas sensibles de nuestro amor es el deseo de unirnos á la persona que amamos; y la perfecta semejanza del corazón es la que hace esta union. La razon nos obliga á amar á lo perfecto y á lo que estimamos, y el recto amor propio nos obliga á imitarlo; porque es el medio de perfeccionarnos á nosotros mismos. Si nosotros no solicitamos con verdad imitar á Jesucristo, es señal que no le estimamos, y no puede haber mayor ceguedad; pero si estimándole no le imitamos, es no amarnos á nosotros mismos, y no puede haber mayor locura. Para castigarnos justísimamente y con la mayor severidad, Dios mio, no habeis menester mas que abandonarnos.

Considera que el amor que Jesucristo nos tiene le ha obligado á hacerse parecido á nosotros; y el amor que nosotros le tenemos debe obligarnos á parecérnosle. ¿Hay algo en esto que podamos arriesgar? Jesucristo nos dice á todos: *Quien me ama, me siga*; y nosotros nos paramos. ¿Qué! (nos dice el mismo) ¿podeis dejar de amarme, despues de las relaciones que tengo con vosotros? Pero si me amais, ¿podeis dejar de seguirme? ¿Puedo yo mostraros mejor mi amor, que pidiendo por prueba del vuestro una cosa que os está tan bien? ¿Podeis vosotros manifestar mas vuestra ingratitud y vuestra ceguedad, que relusándolo? El amor que Jesucristo nos tiene le obligó á hacerse parecido á nosotros, aun con la mayor costa; porque fué menester para esto despojarse de su soberanía y vestirse de nuestra bajaça. ¿Y nosotros hallaremos dificultad en mostrar nuestro amor á Jesus, trabajando en hacérnosle parecidos, aunque hallemos en esto nuestra gloria y nuestra suprema bienaventuranza? ¿De qué nos deberíamos admirar mas, ó de que Dios se haya hecho parecido al hombre, ó de que el hombre difículte y sienta el hacerse parecido á un Hombre Dios?

## PETICION Y PROPÓSITOS.

Me avergüenzo, Dios mio, de haber tenido tan poco amor á mi divino Redentor Jesus, que no me haya aplicado á procurar su imitacion santísima, para hacerme una copia ó imágen, aunque poquísima, de tan divino y grandioso ejemplar. La falta de un amor ardiente, de una gratitud especial á mi divino Maestro, y de un celo verdadero por el bien de mi alma, han ocasionado esta desemejanza espantosa en que me encuentro de aquel que es el primogénito entre muchos hermanos, y de quien todos debemos ser fieles copias, para ser reconocidos por el Padre celestial, que busca en nosotros el rostro de su Hijo. Mas ya que ahora reconocemos la causa fatal de tan gran yerro, corriámosla, procurando encendernos en el amor y gratitud á nuestro Dios humanado, y en un celo activo y eficaz, que cuanto ántes forme en nosotros la imágen del Hijo de Dios, sin la cual no podemos ser bienaventurados. Así espero cumplirlo como lo prometo, confiando, Dios mio, en vuestro auxilio soberano.

## JACULATORIA.

Muéstrame, Señor, tus caminos, para que andando en ellos, nos hagamos imitadores vuestros.

## LECCION.

*Sobre la sepultura del cuerpo de Cristo y descenso de su alma á los infiernos.*

El artículo cuarto del Credo, sobre que hemos venido escribiendo, asienta tambien que el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo fué sepultado; y el quinto, en su primera parte dice que su alma descendió á los infiernos. Sobre uno y otro punto procuráremos dar la explicacion conveniente, advirtiendo ántes, que aunque en la leccion anterior demostramos que la muerte no lo dominó, no quisimos decir que su muerte fuese aparente; pues es de fé que real y verdaderamente se separó el alma del cuerpo (que es en lo que consiste la muerte natural), aunque tanto el alma como el cuerpo entre sí, separados, permanecieron unidos á la divinidad, de modo que no hubo otro supuesto despues de la muerte de Cristo para su cuerpo y para su alma, que la misma persona del Verbo Divino; y por eso los

artículos de que escribimos están concebidos en términos de decir que el Hijo de Dios fué sepultado, que el Hijo de Dios descendió á los infiernos; porque el Verbo Divino nunca dejó lo que una vez tomó hipostáticamente; y por esto tampoco se separó la divinidad de la sangre de Cristo vertida. Que en los tres dias que Cristo estuvo muerto, no pueda decirse propiamente hombre, ni propiamente Cristo, es bien claro; porque en cuanto á lo primero, por la muerte verdadera que sufrió quedó destruida la humanidad, es decir, separada realmente el alma del cuerpo; y considerando en la union de una y otra sustancia la humanidad, no puede decirse propiamente hombre mientras está muerto. Por semejante razon no puede decirse propiamente Cristo, porque como hemos dicho, en los tres dias de su muerte su humanidad estuvo destruida; y aunque de las sustancias entre sí separadas no se separó la divinidad, no estaban formando ó constituyendo el compuesto *unido entre sí*, que es Cristo.

Esta destruccion de la humanidad, es decir, esta muerte verdadera de Cristo, fué muy conveniente para que se demostrase la verdad y realidad de la naturaleza humana que tomó; porque si súbitamente hubiese desaparecido de entre los hombres, se habria tenido por fantasma. Lo fué igualmente para que satisficiese por nosotros, que por el pecado estábamos adjudicados á la muerte; para que muriendo, nos librase del temor de la muerte; y resucitando de entre los muertos, mostrase aquella virtud con que superó á la muerte, y nos diese esperanza de resucitar.

Mas para acreditar y comprobar la verdad de su muerte, quiso ser sepultado; pues cuando á uno se pone en el sepulcro, es porque consta que verdaderamente está muerto; y tanto quiso Dios que constase la muerte de su Hijo Santísimo, que dispuso se hiciese todo el funeral, inspirando á José de Arimathea, que pidiendo á Pilato el cuerpo de Cristo, viniese con Nicodemo, lo bajasen de la cruz, lo ungiesen con las cien libras de aromas de mirra y aloes compradas por Nicodemo, lo envolviesen en una sábana limpia, y lo pusiesen en un sepulcro nuevo que estaba en un huerto cercano, abierto en una piedra, y cuya boca ó puerta cerró con una gran lápida. He aquí prevenida y quitada toda sospecha acerca de la realidad de la muerte de Cristo, y de la verdad de su resurreccion; pues el ser el monumento ó sepulcro nuevo en que ningun otro cuerpo hubiese sido puesto, el ser cavado en la piedra, y cerrado con una gran lápida á que ponen los judios el sello y las guardias, asegura hasta

la evidencia que Cristo es el sepultado, y Cristo el que resucita.

Dice el Evangelio santo, que el cuerpo de Cristo fué unguido con los aromas de mirra y aloes; pero no se debe á esto su incorrupcion en el sepulcro, sino á ser un cuerpo unido hipostáticamente á la divinidad; por lo que, para muestra de la divina virtud, y hacer ver que su muerte era voluntaria y no provenida de enfermedad de la naturaleza, permaneció incorrupto el sacrosanto cuerpo en el monumento, conforme á lo que tenia anunciado el Señor por su Profeta, donde dijo: *«No darás á tu Santo, ó Señor, que vea la corrupcion esto es, no será corrompido. Así se mantiene el cuerpo de Cristo en el sepulcro por un día y dos noches, mientras que su alma santa descende á los infiernos.»*

Este descendimiento de Cristo á los infiernos fué muy conveniente, porque así como lo fué que muriendo nos librara, no de la necesidad de morir, porque todos hemos de morir, sino de la de permanecer en la muerte, porque resucitaremos; así lo fué tambien que bajara á los infiernos, para que nos librara de ellos; porque el hombre por el pecado había incurrido, no solo en la muerte del cuerpo, sino tambien en el descenso á los infiernos. Estos son los senos de la tierra, destinados unos para tormento, y otros para cárcel de las almas separadas; y por lo que respecta al de los réprobos, tambien para sus cuerpos despues del juicio universal. El seno ó limbo de los padres no era propiamente cárcel, sino un lugar en que sus almas esperaban la redencion, y se llama seno de Abraham. Los otros tres son el de los niños que mueren con el pecado original: el purgatorio á que van los que mueren en gracia; pero debiendo por sus culpas algunas penas; y el de los condenados.

No á todos bajó Cristo, esto es, la alma de Cristo unida á la divinidad; no á todos bajó, repetimos, de un mismo modo, porque al infierno de los condenados no bajó segun la presencia real, esto es, no bajó real y sustancialmente; porque ni el lugar era conveniente á Cristo, ni podia darse con respecto á los réprobos el fin de su bajada, que era consolar y librar á los que estaban detenidos en los infiernos. Solo, pues, desendió á este infierno segun el efecto, arguyendo y convenciendo á los condenados de su infidelidad y malicia; y esto por modo de locucion ó de manifestacion que entre los espíritus puede hacerse sin que lo impida la distancia del lugar.

A los otros infiernos sí bajó la alma de Cristo real y sustancialmente, y no solo segun el efecto y operacion; mas no bajó con aquel

género de movimiento con que se mueven los cuerpos andando sucesiva y gradualmente toda la distancia que hay de un lugar á otro, y circunscribiéndose en el lugar que ocupan, ó mas claro, ocupando circunscriptivamente el lugar; sino con aquel género de movimiento con que se mueven los ángeles, que no tienen necesidad de ir corriendo sucesivamente toda la línea, sino que de un modo desconocido á nosotros se hallan en el lugar; y ocupan éste no como los cuerpos, sino apropiándosele por la operacion que en él ejecutan. Así bajó y se halló real y sustancialmente la alma de Cristo en los infiernos, y como instrumento de la Divinidad hizo en ellos la operacion de expeler las tinieblas exteriores é iluminar este lugar.

En él se mantuvo tanto como el cuerpo en el sepulcro, esto es, un día y dos noches; de manera que descendiendo en el momento de la muerte de Cristo, ascendió en el de su resurreccion. Así lo siente San Ireneo, San Gregorio Niceno, Tertuliano y otros Padres, y así lo canta la Iglesia en el oficio del Sábado santo.

Acerca del objeto de este descenso, ya hemos insinuado arriba que fué el de consolar á aquellas almas, manifestándoles que era su Redentor, aliviarles sus penas y librarlas en fin de aquella cárcel; pero esto se entiende con respecto á las que eran capaces de esta gracia, esto es, á las que hallándose con la fé, perfeccionada por la caridad, podian lograr los efectos de la pasion. Por esta causa ninguno de los condenados fué consolado, aliviado ni libertado por Cristo; porque están ya confirmados en el pecado. Tampoco fueron libradas las almas de los niños que habian muerto con el pecado original, dice Santo Tomas; y la razon es la misma, porque carecieron de fé y caridad, y caidos del orden sobrenatural no podian elevarse á él por no estar ya en la presente vida, en la que solamente es el hombre capaz de convertirse de la culpa á la gracia.

De las almas que estaban en el purgatorio no todas fueron libradas por Cristo, sino únicamente aquellas que estaban suficientemente purgadas, ó que por la fé y devocion á la muerte de Cristo habrian en la vida merecido de congruo esta gracia. Así lo siente Santo Tomas, fundado en que la pasion de Cristo no tuvo entonces mas virtud que la que hoy tiene, y hoy no se libran por aquella las almas del purgatorio, sino que pagan tanto como deben, y no salen hasta haber satisfecho toda su deuda; á no ser que los vivos sufragan por ellas, y por sus obras les alcancen indulgencia parcial ó plenaria. Algunos opinan que Cristo libertó á todas las almas del



purgatorio por una indulgencia plenaria, y esta sentencia no es improbable; pero no tiene los fundamentos y autoridad que la primera.

Las almas de los Santos Padres, es decir, todas las que estaban en el seno de Abraham, fueron libertadas por Cristo. Desde el instante de su muerte les aparece concediéndoles la clara vision de la Divinidad, de que estaban privadas por no haberse aun pagado el precio de la redencion, y sacándolas del lugar del infierno en el momento de su resurreccion, como habia anunciado el Profeta Zacarias, diciendo: *Tú en la sangre de tu Testamento sacaste á tus aprisionados del lugar en que no habia agua.*

---♦♦♦♦♦---  
DIA VEINTE Y DOS.

Santa Margarita de Cortona.

Nació Santa Margarita en Albion, lugar de la diócesis de Chiimi en la Toscana, por el año de 1249, y sus padres comenzaron á educarla con sumo esmero y cuidado; pero como murió su madre, siendo todavía muy niña, y su padre pasó á segundas nupcias, quedó nuestra Santa bajo la direccion de su madrastra, que desde el principio de su matrimonio, la veía no solo con despego, sino con aversion, maltratándola y haciéndole aborrecible la casa paterna. Tanto por esta causa, como porque parece que Margarita fué naturalmente inclinada al vicio en su juventud, despreció los consejos de su padre, abandonó la casa adonde habia nacido, y se entregó á todo género de placeres. Su rara hermosura, su edad juvenil, la amabilidad de su trato, y otras muchos atractivos, hacian que tuviera mil pretendientes que se empeñaban en seducirla. Entre todos estos, escogió Margarita á un caballero del Monte Pulciano, con quien vivió algun tiempo en torpe amistad, sin que la contuvieran ni los remordimientos de su conciencia, que por entónces no escuchaba, ni la consideracion del escándalo que causaba su vida licenciosa, ni tampoco la idea del grande disgusto que daba á su padre, y la mala nota que hacia recaer sobre su familia. A estas consideraciones se sobreponia Margarita para saciar su desordenada pasion, y para vengarse en cierta manera del mal trato de su madrastra.

Pero Dios no quiso que continuara por mas tiempo en el camino de su perdicion, y fijó el *hasta aquí* de sus vicios y desórdenes. La

presencia del cadáver ya corrompido y casi deshecho de su desgraciado amante, que, segun la comun opinion, se descubrió por una perrita, fué el instrumento de que Dios se valió para convertirla. Ella entónces conoció el peso de sus culpas, y creia que ninguna penitencia seria bastante para borrarlas; sin embargo, no desconfió de la misericordia divina, y desde aquel momento resolvió mudar de vida. Lo primero que hizo fué dirigirse á la casa de su padre, postrarse á sus piés, y con lágrimas de verdadero arrepentimiento, pedirle humildemente perdon, por haber desoído sus consejos y despreciado su autoridad. El amoroso padre, viendo en el aspecto de Margarita las señales ciertas de la sinceridad de su arrepentimiento, la recogió de nuevo en su casa con el mismo amor que le tenia antes de sus extravíos, y ella permaneció en su compañía algun tiempo.

La madrastra se disgustó mucho de este hecho, y maltrataba á Margarita con mas rigor que ántes, hasta el punto de echarla de la casa, y exponerla de nuevo á los riesgos de que Dios la habia librado. En efecto, nuestra Santa se vió sola, desamparada, sin asilo donde guarecerse y con todos los alicientes que exponen á las mugeres al borde de los precipicios. En esta triste y comprometida situacion, puesta una vez en oracion, alzó los ojos al cielo, y exclamó llena de lágrimas: *¡Es posible, dulcísimo Salvador de las almas, que convirtiendo cada día tantas, solo á la pérdida de la mia te has de mostrar insensible! Pues en verdad, Señor, que tanto te costó la de una Magdalena, como la de una Tais pecadora. ¡O tú que me rescataste con el precio infinito de tu sangre, no me abandones en el triste desamparo en que me veo, y ten misericordia de mí!* Esta súplica fervorosa llegó hasta el cielo; inspiró Dios á Margarita que fuera á Cortona, y solicitara un confesor sabio y prudente, que pudiera dirigirla y aconsejarle lo que le convendría hacer. Marchó nuestra Santa á Cortona, y despues de haber hecho una confesion general de todas sus culpas, pidió humildemente que la recibieran de tercera en el órden de S. Francisco, y se contara en el número de las que se llamaban *Hermanas de Penitencia.*

En esta hermandad estableció un método de vida edificante. Habitaba una celdilla estrecha y retirada del bullicio del mundo, á donde se entregó á todo género de mortificaciones y penitencias. No tomaba mas que un pedazo de pan y una corta cantidad de agua, y esto una sola vez al día; de manera que su conservacion se tuvo por milagrosa. No dormia mas que unos ratos sobre el duro suelo,

sin abrigo alguno, y poniendo por cabecera una piedra. La mayor parte de la noche pasaba en profundas meditaciones sobre la pasión de nuestro divino Salvador, encomendándose muy particularmente á la Santísima Virgen María, á quien había tomado por su singular patrona. Procuró Margarita destruir su hermosura, que había sido la causa de su perdición en la juventud, y con ese intento se raspaba la cara con ásperas piedras hasta que arrojaba sangre, y despues se frotaba con un lienzo tosco ó con alguna estopa gruesa; y con esto consiguió desfigurarse de tal manera, que no parecia ni aun semejanza de lo que había sido.

Tuvo una época en que el espíritu maligno la asaltó con fuertes tentaciones, y se valió de los medios mas sagaces para entibiarla en su fervor. Le quiso hacer entender que el rigor de sus penitencias era ya excesivo, que llegaría á terminar con su existencia, haciéndose responsable de ella ante Dios, y que ya practicaba las penitencias por un espíritu de vanidad. En el primer combate de estas tentaciones, comenzó á dudar Margarita; pero despues descubrió su origen, y postrada una vez delante de un Crucifijo, rogó á Dios fervorosamente que le manifestara su voluntad, y le dijera el camino que debía seguir. Animóla el divino Salvador, y la confirmó en el método de vida que hasta allí había adoptado, fortificándola con sublimes consolaciones, é infundiéndole grande esperanza para que en lo sucesivo no desconfiara de la misericordia divina, ni escuchara las instigaciones del demonio. Los repetidos favores que Margarita recibía del cielo, endulzaban sus grandes mortificaciones y todos los trabajos temporales que tenía que sufrir.

En el último término de su vida aumentó mas sus penitencias, porque maceraba su cuerpo muchas veces al día con crueles disciplinas, y salía por las calles con un dogal al cuello, porque deseaba hacer público su arrepentimiento, del mismo modo que lo habían sido sus culpas. Muchas veces pedía que la encerrasen en el lugar de las mugeres dementes, para sufrir toda clase de menosprecios. Dios desde esta vida premió su virtud y sus penitencias, porque la dotó del sublime don de contemplacion, y tuvo un aviso celestial de que se acercaba el fin de su vida temporal, para que comenzara la que tenía preparada llena de delicias, y que nunca tiene fin. Desde que supo esto ya no se ocupó de otra cosa que de Dios, hasta que murió el 22 de Febrero del año 1297, á los cuarenta y ocho de su edad y veinte y tres de su conversion. Un grande concurso de toda cla-

se de gentes ocurrió á la habitacion de Margarita á ver y venerar su cadáver, el cual fué sepultado con grande pompa en la iglesia de San Francisco de Cortona; y despues de algunos milagros que obró Dios en su tumba, justificados plenamente por la silla apostólica, permitió su culto Leon X en la diócesis de Cortona, el cual se extendió despues por Urbano VIII en el año de 1623 á toda la órden de San Francisco. Ultimamente en el año de 1728 fué canonizada nuestra Santa por el Sr. Benedicto XIII, que señaló el dia 23 de este mes para su festividad.

*La Epistola es del capítulo III y VIII del libro de la Sabiduría (Cantar de los Cantares).*

Me levantaré y daré vueltas por la ciudad, y buscaré por calles y plazas al amado de mi alma. ¡Ay! le busqué, mas no le hallé. Encontráronme las patrullas que rondan por la ciudad. ¿Visteis por ventura al amado de mi alma? Cuando á pocos pasos me encontré al que adora mi alma: asíle y no le soltaré hasta haberle hecho entrar en la casa de mi madre, en la habitacion de la que me dió la vida. ¡Oh hijas de Jerusalem, conjúroos por las corzas y los ciervos de los campos, que no disperteis, ni interrumpais el sueño á mi amada hasta que ella quiera! Pónme por sello sobre tu corazon, ponme por marca sobre tu brazo, porque el amor es fuerte como la muerte, duros como el infierno los celos: sus brasas, brasas ardientes y un volcan de llamas. Muchas aguas no han podido extinguir el amor, ni los rios podrán sofocarle. Aunque un hombre en recompensa de este amor dé todo el caudal de su casa, lo reputará por nada.

*El Evangelio es del capítulo XV de San Lucas.*

Solían los publicanos y pecadores acercarse á Jesus para oírle; y los fariseos y escribas murmuraban de eso, diciendo: Mirad cómo se familiariza con los pecadores y come con ellos. Entónces les propuso esta parábola: ¿Quién hay de vosotros que teniendo cien ovejas, y habiendo perdido una de ellas, no deje las noventa y nueve en la dehesa y no vaya en busca de la que se perdió, hasta encontrarla? En hallándola, se la pone sobre los hombros muy gozoso; y llegado á casa, convoca á sus amigos y vecinos, diciéndoles: Regocijaos conmigo, porque he hallado la oveja mia que se me había perdido. Os digo que á este modo habrá mas fiesta en el cielo por un

pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de penitencia. ¡O qué muger teniendo diez dragmas, si pierde una, no enciende luz y barre bien la casa, y lo registra todo hasta dar con ella? Y en hallándola, convoca á sus amigas y vecinas, diciendo: Alegraos conmigo que ya he hallado la dragma que habia perdido. Así os digo yo, que harán fiesta los ángeles de Dios, por un pecador que haga penitencia.

## MEDITACION.

*Sobre cómo venga Dios el pecado mortal.*

Considera que el cielo y el infierno conspiran á hacernos comprender el aborrecimiento que Dios tiene al pecado mortal, con las venganzas, que por este motivo ha ejecutado su Magestad. El cielo, por el modo con que desterró de él á los ángeles rebeldes. El infierno, por los tormentos que hace sufrir á tantos infelices por un solo pecado mortal. Una multitud casi sin número de ángeles, esto es, de criaturas muy perfectas, precipitadas al infierno á una desgracia infinita y eterna, por un Dios infinitamente justo, infinitamente misericordioso, por un solo pecado, por un pecado de pensamiento, por un pecado de vanidad, por un pecado de un momento, me hacen concebir mas lo que es Dios, y lo que le ofende un pecado mortal. ¿Pues cuál es mi ceguedad de cometerle con tanta facilidad, y aun de hacer del mismo pecado mi dicha? Dios siendo justo no castiga al pecador mas de lo que él merece. Dios misericordioso le castiga siempre ménos de lo que merece: no obstante castiga un pecado con un infierno. Saca de aquí lo que será el pecado.

Considera que aun desde esta vida castiga Dios el pecado, y venga su Magestad ofendida de un modo terribilísimo. No contemplemos ya las desgracias y males temporales, sumamente acerbos, de que muchas veces vemos cercado al pecador, que es perseguido por la justa indignacion de un Dios vengador de sus ofensas: males en cuya comparacion la muerte misma es un recurso apetecible, y su memoria el lenitivo mas cordial de un hombre atribulado. No contemplemos, pues, castigos de esta clase: contemplemos, sí, el mayor y mas terrible que puede venir sobre el pecador impenitente, que es el abandono de un Dios que calla y deja al pecador en su pecado, permitiendo que lo aumente y multiplique, para castigar el pe-

cado con el pecado mismo. ¡Oh Dios, y qué castigo! En el rigor de vuestra ira santa, en la vehemencia de vuestra cólera, en vuestra tremenda indignacion, vos mismo no habeis podido hallar una pena, un castigo semejante á esta pena á este castigo. Él es como una copa del veneno mas fuerte y mas activo, dado á un hombre que, en la embriaguez de sus criminales excesos, la bebe hasta las heces, sin saber lo que bebe, y al otro instante se encuentra destituido de la vida.

## PETICION Y PROPÓSITOS.

¡Oh, no me deis á mí semejante castigo! Mas ántes apurad las saetas todas de males temporales, con que flechais y heris al pecador, para que destituido de la fuerza fatal que le trajo al exceso de ofenderos, se os rinda al fin, y dé á vuestra misericordia el triunfo y la victoria. Sí, Dios mio; aquí quemad, aquí cortad, aquí no perdoneis, para que me perdoneis eternamente.

## JACULATORIA.

Aquí corta, ó Señor, aquí abrasa, aquí no perdones, á fin de que me perdones para la eternidad.

## LECCION.

*Sobre la causa de la pasion y muerte de Cristo.*

Si hay en el hombre gratitud y amor á su verdadero bien, debe emplear todo su discurso, y ocupar su atencion toda en la mas seria y profunda meditacion de las causas que lo fueron de la pasion y muerte de Jesucristo. Desde luego se presenta á nuestra consideracion el pecado, el horrendo pecado, como causa motiva, atrayendo sobre el Unigénito del Padre toda la pena de su justicia para castigo de quien, siendo la inocencia misma, toma sobre sí nuestras culpas para satisfacer de condigno como nuestro fiador. *Puso el Señor sobre él*, dice el Profeta Isaías, *las iniquidades de todos nosotros.* ¿Y para qué? Ya lo habia dicho ántes; para sufrir la pena que nosotros merecíamos: *Yo le he herido por el pecado de mi pueblo.* He aquí la causa de su pasion y muerte afrentosísima. Él aparece como pecador: *el se hace por nosotros maldito*, dice el Apóstol. Si no hubiéramos pecado, no padeciera ni muriera Cristo,

Pero alguno dirá: Dios podía remitir la deuda ó contentarse con la satisfaccion que pudieran darle, no de condigno, pero sí de congruo, los hombres que somos los verdaderos reos y responsables á la justicia del Eterno: ¿Por qué, pues, descarga el golpe de su espada sobre su mismo Hijo? ¡Ah! ¡qué ingrato sería quien así, discurrese! Le mostraria no reconocer aquella misericordia, que fué, se puede decir, la única causa de nuestra reparacion, por la pasion y muerte de Cristo; porque podia haberse quedado la culpa viva, y el pecador sin remedio; pero esto no lo sufre el amor del Padre y del Hijo, porque es tan grande, tan vehemente, tan fino, que hace que el mismo Padre *no perdona á su propio Hijo*, como dice el Apóstol; sino que lo entregue á los tormentos y á la muerte por todos nosotros, y que el mismo Hijo ponga su alma por libramos del pecado, ¿Pero cómo entrega el divino Padre á su Hijo muy amado? ¿Cómo! Preordenando su pasion, y que ésta sea para nuestra salud: inspirándole la voluntad de padecer por nosotros, y no defendiéndolo de la pasion, sino exponiéndolo á sus perseguidores. ¡O cuánto debemos al amor que el Padre celestial nos tiene! Pero no nos contentemos con esta reflexion que excita nuestra gratitud; profundicémos el asunto.

La preordenacion de la pasion de Cristo nos hace notorio un decreto que Cristo obedece. ¿Quién puede dudarlo? El mismo Salvador, despues de haber declarado que tenia potestad de deponer su alma y de volverla á tomar, dice: *Este mandato recibí de mi Padre*: y al conducirse al lugar de su pasion, dice á sus discípulos: Con arreglo al mandato que me dió mi Padre, procedo: levantaos; vamos. ¿Pero qué se sigue de aquí? ¿Que Cristo carece de libertad? ¿Que padece obligado de una necesidad absoluta de que no puede excusarse? Nada de eso. Cristo obedece, es verdad; porque como dice el Apóstol, *se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz*; pero esta obediencia no menoscaba su libertad, porque es voluntaria. *El se ofreció*, dice Isaías, *porque él mismo quiso ofrecerse*; y San Pablo dice: *Cristo nos amó, y se entregó á sí mismo por nosotros*. De aquí es que reconozcamos al amor como causa de la pasion de Cristo; porque nos amó el Padre celestial, nos dió á su Hijo; porque nos amó este Hijo divino, se entregó á sí mismo. Libre fué el Padre y libre fué el Hijo para hacernos este beneficio; pero su amor los movió á dispensármolo.

Pues si esto es así, no podrán decirse los perseguidores de Cristo

causa de su pasion y muerte. ¡Ah! ¡qué error sería discurrir de esta manera! Porque ellos en efecto fueron la causa *directa*, poniendo la causa suficiente de su muerte con intencion de privarlo de la vida, y siguiéndose el efecto. Cristo solo fué causa *indirecta* de su muerte en cuanto no impidió, como podia, sino que aceptó los tormentos con que sus enemigos se la causaron. Así tambien en el Padre celestial, permitiendo solo aquellas acciones de los judíos y gentiles con que atormentaron á su Hijo Santísimo hasta causarle la muerte; pero no preordenándolas en cuanto eran pecaminosas, porque Dios no es ni puede ser autor del pecado, que únicamente procede de la malicia del hombre, por el abuso que hace de su libre albedrio para satisfacer sus desordenadas pasiones. Así es que de ningun modo pueden excusarse los judíos y gentiles que atormentaron á Cristo, principalmente aquellos, pues con la intencion clara y manifiesta de privarlo de la vida se lo entregaron á Pilato, y expresa y terminantemente le pidieron su muerte, haciéndose responsables á su sangre cuando Pilato rehusaba dar la sentencia: hecho innegable por el que, á mas de los precedentes, fueron desde luego reconocidos y tenidos por autores de la muerte de Cristo, como se los hizo ver é imputó públicamente y con mucha justicia el Principe de los Apóstoles por repetidas veces.

Mas no solo fueron causa, sino causa culpabilísima, porque en manera alguna pueden excusarse de su gravísimo pecado. La multitud y grandeza de los milagros de Jesucristo, la santidad admirable de su vida, la bondad y excelencia de su doctrina, y el testimonio expreso que dá su divino Padre, acreditan su divinidad y la verdad de su mision, en calidad de Mesías y Redentor, y por consiguiente hacen inexcusables á sus perseguidores. Verdad es esta profetida por el mismo divino Salvador: *Si no hubiera venido, habia dicho y no les hubiera hablado, no tendrían culpa; pero ahora, es decir, habiendo venido y habládoles, no tienen excusa de su pecado*. Y despues añadió: *Si no hubiera hecho entre ellos obras que ninguno otro hace, no tendrían pecado*; pero las hizo y por tanto son inexcusables.

Es verdad que, como siente Santo Tomas, los plebeyos, el comun del pueblo que no sabia los misterios de la Escritura, no conoció con toda claridad que Jesucristo era el Mesías prometido y ungido del Señor; pues aunque habian dudado si lo era, al ver prodigios y maravillas tan estupendas como hacia, fueron despues engañados por sus príncipes que les hicieron creer lo contrario. Estos príncipes,

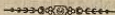
es decir, los doctores, sacerdotes y aun los fariseos, si conocieron que era Cristo el Mesías prometido en la ley, porque veían en él todas las señales que los profetas predijeron de él mismo; pero ni unos ni otros, dice el Angélico Doctor, conocieron que era Dios é Hijo natural de Dios, según lo que dijo el mismo Jesucristo: *No conocieron á mi Padre ni á mí*. Mas había la diferencia entre ambos, de que la ignorancia de los príncipes no los excusaba enteramente del decido, porque era ignorancia crasa y en cierto modo afectada, pues veían señales evidentes de la divinidad de Cristo; pero las pervertían por el odio y la envidia que contra él habían concebido, y no querían dar crédito á sus palabras con que afirmaba ser Hijo de Dios: con lo que pusieron el sello á su reprobacion, según lo que dice Jesucristo, que el que *no quiere creer ya está juzgado*.

Mucho hay que decir acerca de esta materia; pero los estrechos límites de nuestras lecciones nos obligan á terminarla con la reflexión de que lo que por nuestro amor hizo Cristo, para nuestro bien lo hizo: queremos decir, que la pasión y muerte á que por nosotros se entregó, es la causa universal suficiente para la redencion de los pecados de todo el género humano; la cual sin embargo, para que tenga efecto en nosotros, debe sernos aplicada por nuestra verdadera conversion á Dios, que consiste en apartarse de lo malo y abrazar lo bueno, doliéndonos de nuestras culpas, y haciendo por ellas la debida penitencia. Si la hacemos, por la pasión de Cristo somos libres del pecado, de la potestad del diablo y de la pena eterna debida á nuestras culpas: somos reconciliados con Dios, porque se quita la causa de la enemistad, que era el pecado; y borrado éste, se nos abren las puertas de los cielos. Todo esto puede causar la pasión y muerte de Cristo; pero para que lo cause en efecto, debe ser aplicada como hemos dicho, por la debida recepcion de los sacramentos y por las buenas obras; así como una medicina, por eficaz que sea, no obrará su efecto, si no se aplica en la debida forma.

Hé aquí en la pasión de Cristo la salud del género humano. Él la obró por modo de mérito; porque Cristo tuvo gracia, no solo como singular hombre, sino como cabeza de los otros; y por tanto, nos mereció la salvacion como á miembros de su místico cuerpo. Ella obró nuestra salud por modo de satisfaccion, porque Cristo padeciendo, dió como cabeza nuestra á Dios, aun mas de lo que exigía la recompensa de toda la ofensa del género humano: lo primero, por la grandeza del amor con que padecía: lo segundo, por la dignidad

de su vida que daba, que era vida de Dios y hombre; lo tercero, por la generalidad de la pasión y magnitud del dolor: todo lo que, procediendo de una persona divina, daba un valor infinito á su pasión, tanto en lo satisfactorio como en lo meritorio.

Obró tambien la pasión de Cristo nuestra salud por medio de sacrificio, porque fué oblation de cosa sensible, con verdadera immutacion, como fué la separacion del alma y del cuerpo, y efusion de la sangre hecha en honor de Dios, en reconocimiento de su supremo dominio y para aplacarlo. La obró finalmente, por modo de redencion, porque fué suficiente y superabundante satisfaccion por el pecado y reato de pena. Dió en efecto Jesucristo el precio de nuestra redencion; pero este precio es nada ménos que su misma alma: así lo dijo el Redentor divino á sus discípulos: *El Hijo del Hombre vino á dar su alma para la redencion*. Reflexionemos bien esto para que sepamos apreciar nuestras almas, y agradecer á nuestro Redentor el infinito beneficio de su amarguísima pasión.



#### DIA VEINTE Y TRES.

#### San Florencio, confesor, y San Pedro Damiano.

#### SAN FLORENCIO.

Nació San Florencio en la ciudad de Sevilla en España, por el año de 432. Sus padres, nobles por su linage é ilustres por su piedad, se esmeraron en educarlo conforme á las máximas del Evangelio. Así es que desde los primeros años de su juventud resplandeció en virtudes; y progresando en la santidad, se halló con la fortaleza suficiente para confesar el nombre de Jesucristo. Ignoramos cuáles hayan sido las circunstancias de este glorioso combate, y casi todos los pormenores de su preciosa vida; pues de la inscripcion que se encuentra en la caja de sus reliquias, solo consta que murió con la muerte de los justos, á los cincuenta y tres años de su edad, en 23 de Febrero del año 485, y que lo tuvieron sin enterrar hasta el 13 de Marzo, sin que el santo cadáver padeciese corrupcion alguna, expuesto todo este tiempo á la veneracion de los fieles.

La Iglesia santa de Sevilla, que hace hoy una especial memoria de nuestro Santo, escogió este dia para celebrar su fiesta, por haber sido el de su dichosa muerte, y es creible que en la misma haya co-